

Aproximación a una teoría de la afectividad

Adriana Gil Juárez

Universitat Oberta de Catalunya

Cuando me hicieron descubrir el interaccionismo simbólico, y luego el construccionismo, quedaba claro que lo importante era la interacción, no los individuos sino lo que hay entre ellos, las relaciones, la intersubjetividad, el lenguaje en suma. El problema de la explicación por el lenguaje es que tal y como había sido explicada, incluso bien explicada como en el caso del construccionismo, daba cabida al sentimiento y, nunca mejor dicho, de que aquello que finalmente significaba y ponía las cosas en su sitio y justa medida era "algo más", algo casi mágico que lo encajaba todo pero de lo que no se podía dar cuenta a menos que se quisiera correr el riesgo de perder la magia misma. Y ese algo más, dijimos algunos, debía estar en lo afectivo, ¡claro era aquello que no se podía desgastar con simples y profanas palabras! Así que la búsqueda de ese algo más constituyó mi proyecto de investigación del doctorado y, aunque no la llevé a sus últimas consecuencias, sí que fue lo suficientemente lejos como para sufrir sus efectos. Este camino me llevaba nuevamente a dibujar algo esencial, trascendente a los sujetos y universal, aunque lo hiciera en diferentes culturas. La magia de ese algo más seguía surtiendo efecto y esto ya empezaba a molestarme. Este texto es pues la intersección de estos discursos, intenta el diálogo con ellos y está construido en torno a las preguntas que generan. Ciento es que los discursos, estos y otros cualesquiera, nos son comunes y por tanto puede que también nos sean comunes las preguntas, la diferencia de unos textos con otros, creo yo, son los recursos que se tienen a mano para contestarlas. Yo utilizo algunos que creo que tienen que ver más con la psicología social. Por eso, tal y como digo en la tesis, lo que presento yo aquí es la búsqueda de un punto de vista para la psicología social sobre las emociones, esta búsqueda empieza con algunas afirmaciones elementales:

1ª afirmación: La emoción es siempre social

Aunque desde el punto de vista mainstream las emociones son la constancia y prueba irrefutable de que los individuos existen, y que son esgrimidas como la prueba empírica viviente de que los individuos son y deben ser nuestras unidades de análisis, lo que tenemos entre manos no son trozos de individuo en carne viva cuando hablamos de emociones, sino la sociedad entera puesta en escena en formato persona y a medida del contexto. Lo que pasa es que el juego de las emociones tiene más consecuencias personales y sociales que ningún otro, de ahí que la terapia clínica vaya dirigida casi exclusivamente a resolver cuestiones afectivas. Una descalificación emocional le descalifica a uno como persona y se acabó lo que se daba.

Esta necesaria socialidad de las emociones nos ayuda a entender que no es una simple casualidad el sospechoso hecho de que las emociones adecuadas se correspondan a los valores dominantes de la sociedad. Comprenderlo nos sirve para entender que la felicidad no tiene que ser el éxito y la

independencia a toda costa; ni la tristeza, la humillación o el fracaso deben estar relacionados con la dependencia y la vida en colectivo.

También lo social se asoma cuando toca emocionarse. Un acto al fin y al cabo de memoria, negociación con los otros y reflexión que nos permite decidir si se trata de la emoción adecuada o de una adecuada situación para sentirse emocionado. De esta manera, alrededor de una muestra de emoción se consigue desplegar una intensa actividad social destinada a orientarla hacia lo más conveniente: reprimirla o fomentarla, pero siempre para mantener o cambiar una determinada relación social, sin olvidar que además, en nuestra sociedad, la emoción representa lo que el individuo ES, con mayúsculas.

2^a afirmación: La emoción es un proceso

Lo emocional no viene dado sino que se construye y, por ello, por ejemplo, se puede construir a determinados sujetos como más emocionales para poder garantizar de esta forma que nunca podrán formar parte de los individuos de pleno derecho, haciendo de esta manera que haya sujetos como mujeres, niños y tercer mundo presa fácil de las emociones “malas” y por lo tanto excluidos de la racionalidad divina y de la democracia de los individuos.

Pero el hecho de que, entre otras cosas, lo emocional funcione como dispositivo de control social, puesto que reproduce la estructura social, también posibilita la transformación social. Las emociones son, en nuestra sociedad, los indicadores de la agencia, por ello la gente se apropiá de las normas culturales, pero no de manera pasiva, reflexiona con el fin de resolver las contradicciones y producir inteligibilidad a medida que construye sus identidades. Los individuos reproducimos la estructura social porque tenemos libertad de acción y de emoción, pero podríamos dedicarnos a otra cosa. Y subrayo este *podríamos*, porque podríamos hacerlo siempre y cuando dejáramos de pensar que la emoción es algo estático, tan duro y firme que las sentimos como si nos golpearan con una piedra en el estómago.

3^a afirmación: La emoción es discursiva

Las emociones se hablan o se silencian, claro, pero lo más remarcable es que existe un discurso sobre lo inefable en el caso de la afectividad; es extraño que, para conseguir no hablar de algo tan cotidiano y tan presente, debamos desplegar una intensa actividad discursiva. El éxito de la literatura, el cine o los chismes se debe en gran medida a que las emociones se construyen precisamente en las narraciones, no preceden a las narraciones ni las suceden, pasan en el momento mismo de la conversación aunque ésta discurra en silencio, porque el significado de dicho silencio ya lo hemos acordado lingüísticamente. Pero recuérdese que en tanto que prácticas discursivas acordes a unas determinadas relaciones de poder, las emociones también pueden ser totalmente contradictorias, y ello permite explicar muy bien el por qué yo no soy racista pero...

Los ejes

Estas tres afirmaciones giran alrededor de dos ejes, los mismos que aparecen a lo largo de toda la tesis y que al especificarse dan lugar a estas tres afirmaciones que he mencionado. Uno es que **las emociones son un dispositivo de control social** y por lo tanto son un proceso de reproducción de la sociedad tal y como es conveniente hoy en día. La emoción es también poder, hace y deshace personas y calla su receta difundiendo que es una receta secreta y antigua porque la hizo la

naturaleza y que para aprovechar sus bondades debe yacer en nobles recipientes llamados individuos, o llamados locos cuando los recipientes se vacían o la mezcla falla. Aquí es donde viene a cuento el cuerpo. Dado que en nuestra sociedad la configuración de las emociones las vincula al cuerpo, parece que el cuerpo deba ser el nuevo terreno de estudio, como gustan decir nuestros colegas del *embodiment*, pero yo prefiero decir que es por ello que el cuerpo es absolutamente secundario. La afectividad tiene efectos corporales y depende del cuerpo para expresarse y en ello no se diferencia del discurso, pero ese “algo más” que tiene aparte del lenguaje es pura y simplemente su característica de acción. Es su posibilidad de generar efectos inmediatos, de establecer a través de determinadas prácticas afectivas relaciones de poder, pero si son más poderosas que el lenguaje es simplemente porque nos hemos olvidado de su origen social y las hemos enterrado allá donde parece que nos gobiernan sin que nos demos cuenta y donde parece que reflejan la verdad del individuo, el cuerpo. Y sin duda, una de las maneras que ha resultado más eficaz para mantener y reproducir cuerpos con emociones individuales es el consumo. **El segundo eje es el consumo.** El consumo requiere emoción, requiere ser un acto de placer en sí mismo para que la economía no sea tan aburrida y no tenga que recurrir a los brutales métodos de la industrialización. Establecer las relaciones en términos de consumo deja muy claro que si queremos ver alguna relación entre nuestro interior y nuestro exterior hay que pagar por ello. Es la vía más fácil y amena de apropiación del mundo, incluso del propio cuerpo y de las propias emociones. Qué experiencia más individual que comprar lo que uno quiera, qué libertad de decisión el escoger de entre toda la oferta del mercado, pero sobre todo y más importante, qué continuada y contundente confirmación de que existo como individuo individual. El consumo de emociones y las emociones como consumo dan cuenta del proceso de creación y mantenimiento de nuestra sociedad actual.

Psicosociología emocional

Estas afirmaciones y estos ejes, unos más trabajados que otros, me sugieren un punto de vista que he llamado con mayor o menor fortuna **psicosociología emocional**, a la que por el momento le he encontrado dos quehaceres, el primero la ética y el segundo los intersticios. La primera porque en un espacio donde lo que predomina es el control y el consumo, los valores se encuentran en las emociones. Dentro de un proyecto ético ligado al construcciónismo social, el objetivo de una teorización sobre las emociones es conseguir que la afectividad no sea reducida a estados abstractos y absolutos trascendentales a los individuos. Las emociones dictan el bien y el mal al uso, marcan la agencia, son los moldes del deseo, son la subjetividad de nuestros individuos. De ahí la importancia de recuperarlas para el análisis psicosocial. Perderlas es perder la base ética más fuerte que nuestra disciplina podía soñar con tener.

Los segundos, porque dada la firme creencia en la incontrolabilidad de las emociones, los individuos se ven impelidos a desplegar toda una serie de mecanismos de control, vigilancia, gestión y adecuación para sentir correctamente en todo momento. De ahí que la psicología social tenga un espacio de estudio en las grietas de la normalidad, estar allí cuando las expectativas no se cumplen y dar cuenta de estos “fallos” en el sistema. La emoción no deseada es el espacio ideal para construir una resistencia, supone la rotura del orden aparente, permite un margen de creatividad para subvertir subjetividades.

Para resumir, la propuesta para la psicología social es que asuma las emociones como parte ineludible de su trabajo de investigación de los procesos de creación, mantenimiento y cambio de la realidad y que explore las posibilidades de las emociones sobre todo como proceso de cambio social.

Consecuentemente tendría que trabajar sobre los efectos que puede producir su quehacer, sobre todo cuando el efecto pueda ser la creación de nuevas emociones ya que como disciplina estudia y, por tanto, construye unos sujetos o personas determinados.

Apuntes metodológicos

Como primera herramienta hay que deconstruirlas como un dispositivo de control social y construirlas como posibilitadoras de cambio social como ya he dicho.

Como segunda herramienta se requiere el análisis del discurso, aunque puede que no exactamente tal y como lo conocemos, pero en todo caso que no pierda el análisis de la conversación para hacer explícito que es allí donde se construyen, donde se da significado a las situaciones y se las comienza a “sentir” como emociones, siempre de acuerdo con las exigencias del momento. Serviría para evidenciar una y otra vez que aquello que se siente como íntimo y privado es reconocible, equivalente y tremadamente frecuente en todos y cada uno de nosotros, pero no por universal sino por negociado.

Por eso la metodología clásica de estudio de las emociones, la taxonomía, pierde sentido, puesto que el objetivo no es ya distinguir entre las buenas y las malas para controlar las segundas. Hacer inventario de lo afectivo sólo tendría sentido si se hiciera como un sano ejercicio para explicitar todas las prácticas discursivas y emocionales que lo mantienen, reproducen y que pueden por lo tanto cambiarlo. Numerar, clasificar y descubrir debe tener el objetivo de poner de manifiesto las prácticas sociales que se mantienen y los efectos políticos que generan todas y cada una de las producciones afectivas conocidas y por conocer. Una cosa es describir todas las palabras que describen o conforman las emociones, pero no es el único trabajo por hacer.

Un análisis del discurso emocional, o un análisis de las emociones discursivas podría empezar entendiendo, o mejor sintiendo, que la emoción tiene un sujeto igual que lo tiene el discurso. En tanto que las emociones se usan y adquieren sentido por sus relaciones entre ellas, tienen un sujeto posicionado emocionalmente, con un lugar de pleno derecho en el entramado emocional. El sujeto que es producto de las palabras lo es también de las emociones. Pero también reclamo una pragmática de las emociones, puesto que la emoción se enuncia, ya que de hecho es una enunciación; deberíamos teorizar por qué las emociones sirven para hacer cosas, qué cosas se pueden hacer con ellas, qué realidades construyen, que tipo de sujetos crean o necesitan y cómo son las relaciones que se establecen entre ellas.